
LUIS GONZÁLEZ

SUAVE PATRIA, REVELA YA TU VERDADERA HISTORIA

El amor propio de la nación mexicana

Al que los intelectuales denominan nacionalismo mexicano, parece ser la raíz de la historia nacional de México, o de su historia patria, como se le dice en el interior de las escuelas y los hogares desde Tijuana a Comitán y del Golfo al Pacífico. Es de pensar que sin ese conjunto de sentimientos, actitudes y creencias que constituyen el patriotismo doméstico no tendríamos historias de la nación mexicana con las características de las que tenemos. De aquí que se mezclen en esta relación de historias patrias algunas noticias sobre los avatares del nacionalismo mexicano, cuya existencia se mide en centurias. El primer avatar, muy borroso y discutible, corre desde el último tercio del siglo XVI al segundo del siglo XVIII. Una segunda etapa del patriotismo en cuestión va del destierro de los jesuitas en 1767 al robo de medio México en 1848. La tercera época engloba la segunda mitad del XIX y el inicio del XX. La penúltima, la del nacionalismo revolucionario, se da del diez al tostón de la centuria actual, y la última la vivimos desde los años cincuenta. A cada uno de los avatares de nuestro interés patrio ha correspondido una distinta historia nacional.

La tesis que atribuye a Cortés la fundación de la nacionalidad mexicana es menos errónea que la terca que atribuye ese arranque a Quetzalcoatl o a Tenoch. La ruptura de la conquista y de la evangelización no puede ser ignorada. Quizás el Imperio Tenochca merezca el nombre de nación, pero en todo caso se trata de una entidad interrumpida por las huestes de Cortés y los frailes de San Francisco. Lo único cierto es que sobre las ruinas de los imperios de tenochcas y purépechas se da principio a la hechura de una nueva nación desde el día siguiente de la caída de Tenochtitlan y de Tzintzuntzan. Los conquistadores, algunos millares de soldados, burócratas y misioneros aportan, sin proponérselo, los sillares que permiten decirle nación a un país: un territorio de buenas proporciones, una capital en el centro del territorio, muchas etnias que tienden a fundirse en una a través de un acelerado mestizaje, la lengua de Castilla que comienza a suplantar a las cien hablas precortesianas, la religión católica que se sobrepone en un dos por tres a los cultos religiosos en honor de Huitzilpochtli y Curicaueri, el gobierno central presidido por un virrey y una élite peculiar (ni española ni india), con tendencias separatistas (aunque sólo de a ratos) y con emociones patrióticas.

Los grupos participantes en la construcción de la primitiva nacionalidad neoespañola no albergaron preocupaciones nacionalistas. Los soldados sólo querían señorío, oro, fama y amazonas; los misioneros, meter en el redil de la cristiandad a los indios y ser los administradores de sus almas; los agen-

tes del rey, ensancharle los límites y acrecentarle la hacienda a un monarca trasnacional, al emperador Carlos I de España y V de Alemania. Nadie pensaba entonces en la hechura de patrias. Ninguno se sentía artífice de una nación similar a las propias de españoles, ingleses o franceses; ninguno de los primitivos elementos formadores de la nación mexicana se supo, se sintió y quiso ser mexicano, o por lo menos algo diferente de España. La conciencia de lo propio vendrá medio siglo después.

No es de extrañar que la más antigua historiografía mexicana no tenga que ver con eso que llamamos historia nacional aunque sea de tipo civil. Me refiero a las obras autobiográficas de los soldados de la conquista, que suelen ser de dos especies: las cartas de relación y las relaciones de méritos y servicios. Ambas salieron de gente deseosa de perpetuar su fama y de obtener señorío y medro económico con sus proezas militares; ambas se escribieron o se dictaron con el propósito de vender servicios al emperador. De las cartas, gozan de justa celebridad las dirigidas por Cortés al emperador Carlos V. Una de las relaciones de méritos, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, se acostumbra proponerla como feliz arranque de la historia de México.

Con todo, las más antiguas actitudes de apego a la naciente nación comienzan a detectarse en los hijos de los conquistadores, en su mayoría criollos. Con frecuencia se cita como botones de muestra del incipiente nacionalismo el conato de rebelión de Martín Cortés y los hermanos Avila, una denuncia de la Audiencia de México y un soneto contra los gachupines. El grito de la abortada rebelión criolla de 1566 fue: "Alcémonos con la tierra... pues nuestros padres la ganaron a su costa". En 1598, la Audiencia de México solicita la perpetuidad de las encomiendas con el fin de mantener sumisos a los criollos, pues según los oidores esa gente estaba a punto de aliarse con "mulatos, negros y otra gente perdida" y no muy simpatizante de los nacidos en España, y de conseguir unidos desligar al reino de la Nueva España de la metrópoli española. El soneto a que se aludió muestra la inquina de los primeros mexicanos contra el español, a quien define como "un hombre tocosco, sin ningún auxilio" que llegaba "a nuestro mexicano domicilio" a conseguir "estimación, gusto y haberes", o sea, a quitarles lo suyo a los hijos de conquistadores.

Otra muestra del balbuciente interés patrio de los primeros criollos es aquella carta de 1566 donde se lee que "los mexicanos están muy ufanos con el descubrimiento (del tornaviaje de las Filipinas) pues tienen entendido que ellos serán el corazón del mundo". Como quiera, los asomos de pre-nacionalismo más contundentes son la *Grandeza mexicana*, del tapatío Bernardo de Balbuena, y un grupo de crónicas que

glorifican la fundación militar de la Nueva España, que le descubren una fisonomía epopéyica al brevísimo pasado de la patria criolla. Antonio de Saavedra Guzmán y Francisco de Terrazas escriben poemas épicos donde se exalta la acción instituyente de la conquista. Por cuenta de los vástagos de la chusma conquistadora, Francisco Cervantes de Salazar compone su *Crónica de Nueva España*. El criollo Juan Suárez de Peralta escribe, por su parte, un *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista*. Pero ninguna de las obras mencionadas, ni tampoco la de Baltasar Dorantes de Carranza, consiguen sobresalir de una frondosa historiografía que no se puso al servicio de la naciente nación, o más bien de un nacionalismo criollo todavía muy patarato y lleno de contradicciones. La historia criollista del siglo XVI es muy poco al lado de otras corrientes historiográficas.

En aquella centuria, la historiografía fue la labor intelectual más copiosa y de más subidos quilates en la Nueva España. Una parte notoria de esa tarea la constituyen las cartas y las relaciones de la conquista. Sólo una mínima porción es producto del resentimiento criollo. Otra parte fue hecha por los cronistas de Indias y los funcionarios del rey y estuvo al servicio de los intereses de la Corona. Las mejores tajadas de aquella formidable empresa intelectual, la gran mayoría de las obras históricas del siglo XVI neoespañol fueron

Historia al servicio de la Cristiandad,

no para servir al imperio sin ocaso, y menos para consolidar la nación hecha por los conquistadores Cortés, Guzmán y los Montejo, y aclamada como suya por los criollos. En la lucha entre la Corona, los frailes y los hijos de los conquistadores por la posesión del pasado de la Nueva España, ganan los frailes. Estos, al revés de la gente de la conquista, no se contentan con la hechura de autopanegíricos, crónicas e informes ni sólo refieren lo que hicieron, vieron y padecieron. Los frailes historiadores acopian, critican e interpretan fuentes históricas, van más allá de lo autobiográfico, escriben historia —aunque no historia desinteresada. Todos buscan en el conocimiento del pasado el provecho para la evangelización presente y futura.

A poco de la caída de Tenochtitlan, los apóstoles de la cristiandad, los del burdo sayal y la cruz en alto, movidos por el afán de combatir las idolatrías indígenas y de proponer a sus compatriotas y a los neófitos indios ejemplos de vida cristiana, redactaron abundantísimas obras sobre la época gentil de las sociedades indias, la desaparición de los antiguos señoríos y la vida humilde y apostólica de los frailes de la evangelización. Como es bien sabido, en el primer siglo de México hubo numerosos historiadores franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas autores de historias para apoyar la cristianización al costo que fuera. A veces, para cumplir con su propósito, se ven en la necesidad de ocultar hechos y tejer mentiras piadosas. Francisco Ximénez, Andrés de Olmos, Toribio de Motolinía, Jerónimo de Alcalá, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Diego de Landa, Diego Durán, Agustín Dávila Padilla, Jerónimo de Mendieta, José de Acosta, Juan de Tovar, Pedro de Oroz y Juan de Torquemada fueron fieles servidores de la religión cristiana, capaces de encubrir verdades y hacer relaciones no exentas de embustes si con ello conseguían aumentar el número de cristianos y acrecer las virtudes de los fieles.

La escuela misionera alentó y vigiló la corriente historiográfica india, y los historiadores indios como Hernando Tezozomoc, Diego Muñoz, Cristóbal del Castillo, el autor del Códice Xólotl, Pablo Nazareno, Alonso Vegerano no sólo es-

cribieron historias para esclarecer la grandeza de donde provenían, sino también para contribuir a las tareas de los evangelizadores. Lo mismo cabe decir, *mutatis mutandi*, del glorificador de Tetzaco, de don Fernando de Alva Ixtlilóchitl, y de Domingo de San Antón Muñón Chimalpain. En ellos culmina, para muchos, la historia india del siglo XVI aunque ambos escribieron en la primera mitad del XVII.

En el siglo XVII el criollismo sigue haciendo de las suyas. No arma ninguna rebelión. Imita sin ningún empacho la literatura y el arte barrocos de la madre patria, pero no puede tragar la índole española, el gobierno y la presencia de los peninsulares en el domicilio de los criollos. Del resentimiento de estos frente a los españoles, Thomas Gage escribe a mediados del siglo XVII que el odio que se profesan los gachupines y sus hijos “es tal que me atrevo a decir que nada puede contribuir tanto a la conquista de la América (por los ingleses) como esta división, siendo fácil ganar a los criollos y decidirlos a tomar parte contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre (...) y vengarse de la manera rigurosa con que los tratan (...) por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España. Y tan amargo, tan duro es esto para los pobres criollos, que les he oído decir con frecuencia, que preferirían un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los españoles”. Y más amarga se volvía esa malquerencia al no poder manifestarse abiertamente por escrito. La hispanofobia del criollismo no se atreverá a mucho. Los hijos de españoles (criollos y mestizos) no osan levantar la voz frente a sus padres. Algunos escriben historia, pero muy rara vez lo hacen con fines criollistas o patrióticos. El primer nacionalismo mexicano fue altamente introvertido, miedoso ante los abusos inquisitoriales.

La historia sigue siendo en el siglo XVII sostén de la Iglesia, no de la hostilidad criolla contra España ni de los intereses del Estado español. En tiempos del barroco se producen abundantes biografías de santos y de frailes muertos en olor de santidad; muchas relaciones acerca del origen y milagros de imágenes célebres; muchísimas crónicas de la vida conventual, obra de Juan de Grijalva, Antonio de Remesal, Alonso de la Rea, Antonio Tello, Esteban García, Alonso Franco, Diego Basalenque, Francisco de Burgoa, Agustín de Betancourt, Bernardo de Lizana, Baltasar Medina y otros, y relatos de las conquistas espirituales llevadas a feliz término entre gente nómada y poco apacible del Norte, por Andrés Pérez de Ribas, Eusebio Francisco Kino y José Ortega.

La única excepción a la regla parece haber sido un curioso clérigo ex-jesuita, poeta aburrido, matemático ilustre, historiador de antigüedades, geógrafo sedente y hombre impuntual de quien escribió Ramón Iglesia que por amor a su patria, por amor a México, Carlos de Sigüenza y Góngora es “el primero que escudriña (el pasado nacional) en todos sus aspectos, sin un propósito misionero como lo habían hecho los religiosos dedicados antes que él, al estudio de las lenguas y costumbres de los indígenas por considerar estos conocimientos indispensables para la obra de evangelización”. José Rojas Garcidueñas añade: “No es el *Teatro de virtudes políticas* la primera obra en que se muestra el gran amor de Sigüenza por las cosas y tradiciones de su patria, pues ejemplos de (ese amor) se encuentran en la *Primavera indiana* y las *Glorias de Querétaro*, pero en el *Arco triunfal* se pone de relieve su afán de ensalzar lo mexicano...” El suntuoso Arco descubre una pasión por lo doméstico que “busca sólido arraigo en el pasado indígena”.

En el siglo de las luces y durante las luchas de independencia y de las logias, la historia vuelve a ocupar un sitio de

privilegio en la república de las letras. Crece el número de sus cultivadores pero varían poco sus metas y sus métodos. Sigue el predominio de las historias de temas religiosos, de los cronistas de las órdenes y de los hagiógrafos, de los libros para servir de guía a los cristianos, escritos por Juan Domingo Arricivita, Matías Escobar, José de Arlegui, Nicolás Ornelas, Félix de Espinosa, Pablo Beaumont, los miguelos Venegas y del Barco y los xavieres Alegre y Clavijero, aunque éste, Mariano Echeverría, Pedro José Márquez y Antonio de León y Gama inauguran el discurso histórico que sucederá a la historiografía al servicio de la cristiandad, que responde a un nuevo tipo de nacionalismo, además de hispanófobo, libertario, extrovertido, indigenista.

El nacionalismo criollo dieciochesco, por lo que mira al odio hacia los peninsulares, fue legado de las dos centurias anteriores. El indigenismo, que había sido un adorno de buen gusto en la época barroca, adquiere dimensiones de alta política en la segunda mitad del siglo XVIII. La *Historia antigua de México* de Francisco Xavier Clavijero es “una emocionada argumentación destinada a fundar en el indio la nacionalidad mexicana”. En Clavijero, como lo dice Luis Villoro, las culturas prehispánicas dejaron de ser negativas y demoníacas para convertirse en dignas de imitación. Además de pro indio, aquel amor patrio fue ufanista. Los criollos descubrieron de repente que su país era “el mejor país de todos cuanto circunda el Sol” y el más apropiado por el clima para el desenvolvimiento de las facultades humanas. Del hombre y la cultura novohispanas se hicieron teorías no menos hiperbólicas. Se llegó a la creencia de que éste era el pueblo elegido por Dios, el Israel de los tiempos modernos.

Aunque la élite intelectual criolla se ufana de su América, de las cualidades de los mexicanos y del horizonte indígena, no podía sentirse satisfecha con el presente de su patria. A finales del siglo XVIII y principios del XIX era fácil oír que lo obtenido por la Nueva España estaba muy por debajo de lo posible, pues lo hecho era apenas un augurio del porvenir. Aquel nacionalismo optimista se fundó en supuestas posibilidades de México, que harían de éste “la nación más poderosa del globo”, la patria que obscurecería “el esplendor de los griegos y romanos” a condición de que lograra hacerse independiente del imperio español y consti-

tuirse conforme a los ideales de la Revolución Francesa. Ya sin dependencia, México, según sus amantes hijos, estaba destinado “por su ubicación, riqueza y feracidad”, a “dar la ley al mundo todo”.

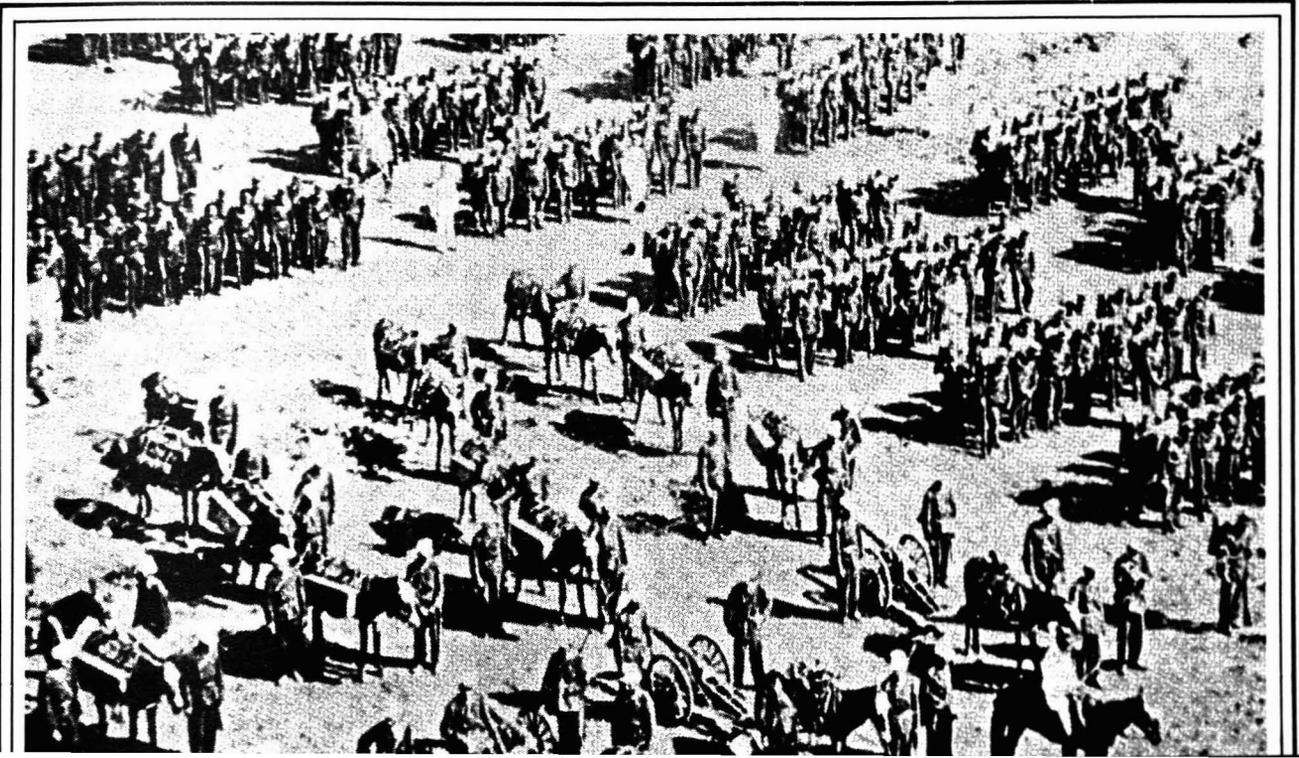
El nacionalismo optimista de la centuria de las luces y de la Revolución de Independencia atizó la hechura de las obras clásicas de la historia nacional, como son, en orden cronológico, la *Historia antigua de México*, de Francisco Xavier Clavijero, y los cuatro libros de los evangelistas de la independencia nacional: fray Servando Teresa de Mier, quien puso las bases para desahijarnos de España; Carlos María de Bustamante, fundador del culto a los héroes que nos dieron patria; José María Luis Mora y Lorenzo de Zavala, apóstoles de la impartición de la historia nacional al público cautivo de las escuelas. La *Historia de México*, de Lucas Alamán, ya no es fruto del nacionalismo hispanófobo y optimista de la época de las luces; proviene de un nuevo amor a la patria, producto de la época de las luchas, y de la invasión norteamericana, de una conciencia y un sentimiento nacionales nacidos durante el terremoto del 48, secuela de la derrota infligida a México por los Estados Unidos. El desastre de la pérdida de medio territorio nacional produjo una mudanza enorme en el amor propio de México. El optimismo nacionalista, la creencia de ser una nación preferida por Dios, poseedora del cuerno de la abundancia, archiculta y con la fuerza necesaria para imponerse a las otras y dar la ley al mundo todo, se esfumó con las patadas recibidas del vecino.

A mediados del siglo XIX el amor propio de México cambia de ruta. El hombre más lúcido de aquella hora, el insigne Lucas Alamán, llega al extremo de gritar: “perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto en nuestro auxilio”. La clase culta de la nación cercenada llega a concluir que la sociedad no tenía el suficiente vigor para salvarse si no conseguía padrinos *ad hoc* y si no se fortalecía el amor a la patria en todos los grupos constituyentes de la nación. La clase intelectual, aunque dividida en dos partidos antagónicos, coincide en que uno de los vigorizantes del nacionalismo debía ser una

Historia patrioterica de México,

bien aderezada de fobias, de filias y de héroes; con pocos sa-

Tropas porfiristas



beres, con mucha pasión edificante y obligatoria a través de la educación pública. Conforme a la idea de la élite, los del partido conservador, por la misma época en que dotaron de un himno nacional a México, escribieron historias nacionales para niños mediante las plumas de Epitacio de los Ríos, José María Roa Bárcena, Tirso R. Córdoba y José Ascención Reyes, y para adultos, por obra de Lucas Alamán y Niceto de Zamacois. Enseguida hicieron otro tanto los próceres liberales. Escriben historia nacional para niños o adolescentes: Eufemio Mendoza, Angel Muñoz Ortega, Manuel Payno, Longinos Banda, Felipe Buenrostro, Aurelio Oviedo, Luis Pérez Verdía, Guillermo Prieto, Julio Zárate y Justo Sierra, y para adultos, los numerosos autores de dos historias monumentales, la francamente liberal *México a través de los siglos* y la que quiso navegar con bandera de conciliatoria, positivista y verídica *México: su evolución social*. Como la de los conservadores, la historia escrita por los liberales se hizo, pese a sus pretensiones de objetividad, con pocos datos seguros, con mucha pasión edificante, con el fin de amacizar la religión de la patria, un mexicanismo tan firme como el cristianismo de la época española.

Tanto conservadores como liberales escribieron historias de la nación mexicana, con poquísimo estudio y sin el propósito de descubrir las raíces y el derrotero de la vida nacional, y sí con la mira de infundir en la gente de México el fervor patriótico que no tuvo en grado suficiente durante la invasión yanqui. Los conservadores estimaron que el patriotismo se podría conseguir con la exaltación del pasado gachupín al que se debían lengua, religión y cultura nacionales; con el encendido elogio de Hernán Cortés, Antonio de Mendoza, Toribio Motolinía y otras figuras de la época hispánica, y José María Morelos y Agustín de Iturbide por lo que mira a los libertadores; con la insistencia en la aparición de la Virgen de Guadalupe, y con el relato de las conductas imperialistas del país protestante y vecino. Los liberales intentaron encender el patriotismo de sus compatriotas con la idealización de las antiguas culturas indígenas; con los adjetivos de hipócritas, crueles, inmorales, rapaces, turbulentos y corruptos aplicados a los españoles de la conquista y la colonia; con alabanzas a Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo, Vicente Guerrero, Benito Juárez; con vituperios a Hernán Cortés y Antonio López de Santa Anna, y con el repudio de toda invasión como la norteamericana de 1846 y la francesa de 1862, y de todo imperio al estilo de los de Iturbide y Maximiliano. Con la entronización del positivismo como doctrina oficial del Porfiriato, se sostuvo la tesis de que la historia no debía falsificarse ni siquiera por patriotismo. Con muy pocas excepciones, la práctica fue otra. Quite usted a Justo Sierra y verá cómo en la enseñanza se mantuvieron vigentes las grandes mentiras de nuestra historia y la desgana frente a la investigación del pasado. Entonces, el propósito de descubrir la verdad histórica, el impulso de historiador objetivo sólo se dio en historiadores ocupados en el esclarecimiento de sucesos aislados; en ratas de archivo. La busca del puro saber se recluye en la erudición de José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Francisco del Paso. Ciertamente Manuel Orozco y Berra aspiró a una síntesis, a una historia nacional verdadera, de principio a fin y sin preocupaciones pragmáticas, pero no pudo concluirla.

El nacionalismo liberal cunde en porciones considerables del pueblo y así popularizado entra a la etapa de la revolución destructiva. En la nueva etapa queda no sólo hispanófilo: se vuelve también antiyanqui. Añade a su indigenismo otro par de ismos: el agrarista y el laborista. También cree

en la historia atizadora de virtudes cívicas y sigue oficialmente haciendo la apología de Cuauhtémoc, Hidalgo, Guerrero, Juárez a través de las plumas de Gregorio Torres Quintero, Longinos Cadena, Jesús Romero Flores, Guillermo Sherwell, Alfonso Toro y otros de la misma línea. Por otra parte, la Revolución tolera la hechura de historias conservadoras donde circulan como héroes los tenidos por villanos en las historias liberales. Conforme al modelo conservador escriben Enrique Santibáñez (muy discreto), Agustín Anfossi, Joaquín Márquez Montiel, Jesús García Gutiérrez, Alfonso Junco y Mariano Cuevas. La Revolución también le concede cancha a una nueva secta cuyos historiadores más connotados serán Hernán Villalobos, Jorge de Castro Cancio, Luis Chávez Orozco, Alfonso Teja Zabre y Rafael Ramos Pedrueza. Este, en *La lucha de clases a través de la historia de México* asegura que su historia nacional se propone ofrecer al proletariado armas ideológicas para su lucha contra la burguesía.

El sexenio del presidente Cárdenas fue muy dado a las exaltaciones. En la primavera de 1938 alcanza su mayor nivel el nacionalismo de la Revolución. Alrededor del magno suceso de la nacionalización del petróleo se producen acaloradas polémicas a propósito de las visiones históricas de México de los reaccionarios, los marxistas y los independientes. Uno de éstos, el filósofo Samuel Ramos, suscita muchos odios y defensas con su *Perfil del hombre y la cultura en México*. José Vasconcelos da lugar a explosiones muy violentas con su *Breve historia de México*. Al concluir el gobierno de Cárdenas, las escisiones entre estudiosos del pasado eran muy profundas. El calentamiento entre los contendientes ya no podía ni debía subir. De hecho, los distintos y hostiles fervores patrióticos comenzaron a enfriarse en tiempos de los presidentes Manuel Avila Camacho y Miguel Alemán. Intervinieron en plan de enfriadores los intelectuales de España transterrados a México, los medios de comunicación masiva (radio y televisión), la política roveltiana de la buena vecindad, el bracerismo, el *modus vivendi* entre obreros y patronos que encabeza Fidel Velázquez, etcétera.

El nacionalismo de los últimos treinta o cuarenta años es muy diferente al emotivo de la época revolucionaria. Menos la burguesía, cada vez más apátrida, participa de él el pueblo raso y las capas medias. Nunca se vio antes un nacionalismo tan popular, pero tampoco tan sin aristas. Rafael Segovia lo llama refrenado. Frederick Turner lo ve como "un arbitrio por el que la sociedad mexicana reduce los conflictos entre los grupos". No cabe duda acerca de su carácter menos xenófobo, desconfiado e introvertido que el de los años de la Revolución. El nacionalismo de ahora ha podido existir sin odios vigorosos contra lo extranjero y sin animadversión entre las clases componentes de la sociedad mexicana. El nuevo amor a la patria es menos emotivo y más racional. Prefiere la inteligencia del ser amado y no su loa, como se ve en tantos estudios de México y lo mexicano emprendidos por los filósofos Emilio Uranga, Luis Villoro y Leopoldo Zea; los sicólogos Santiago Ramírez, Jorge Carrión, Jorge Segura Millán, Aniceto Aramoni y José Gómez Robleda; el sociólogo José Iturriaga; los ensayistas Alfonso Reyes, Octavio Paz, Luis Cernuda, Alberto Escalona, Robert Escarpit, Eduardo Luquín y César Garizurieta.

El nuevo nacionalismo hace posible y deseable un recuento histórico de la nación que no sea ni simple ni edificante. La posibilidad de historias menos endebles y más verídicas que las tradicionales la establecen numerosos grupos de historiadores que investigan puntos concretos de la trayectoria

mexicana. Me gusta recordar que la nueva corriente erudita, que ha contribuido a esclarecer tantos lugares oscuros de la vida nacional, nació en El Colegio de México, gracias a las serias investigaciones de José Gaos, Ramón Iglesia, José Miranda y Silvio Zavala y no menos de cien alumnos de ese cuarteto. Por la ruta del instituto presidido por Alfonso Reyes, tomaron otras muchas casas de investigación: El Instituto Nacional de Antropología e Historia, al que pertenecen don Wigberto Jiménez Moreno y Enrique Florescano; el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM donde suenan mucho los nombres de Edmundo O'Gorman, Miguel León Portilla, Ignacio Rubio Mañé, Alfredo López Austin, Roberto Moreno de los Arcos, Alvaro Matute y no sé cuantos más; el Seminario de Historia Moderna de México, presidido por don Daniel Cosío Villegas; el Centro de Estudios de Historia de México de CONDUMEX; el taller donde investigó don Jesús Reyes Heróles el liberalismo mexicano; los centros provinciales de investigadores que dirigen Israel Cavazos, José Fuentes Mares, Rafael Montejano, Luis Medina Ascencio, y para no hacer el cuento más largo, sólo citaré los recentísimos colegios estilo Colmex, con sede en Zamora, León, Hermosillo y Guadalajara.

Gracias a los estudios monográficos de centenares de historiadores de México, de docenas de eruditos de España y Estados Unidos y de cifras menos grandes de estudiosos de Francia, Inglaterra y Alemania, se ha hecho posible en los últimos años una serie de síntesis históricas de México íntegras y verdaderas. Gracias, por otra parte, a que el nacionalismo actualmente en boga en la élite intelectual y en las mayorías sociales se muestra francamente simpatizador de la verdad y alérgico a las mentiras piadosas, se ha vuelto altamente deseable, además de posible, una

Historia integral y verdadera de México,

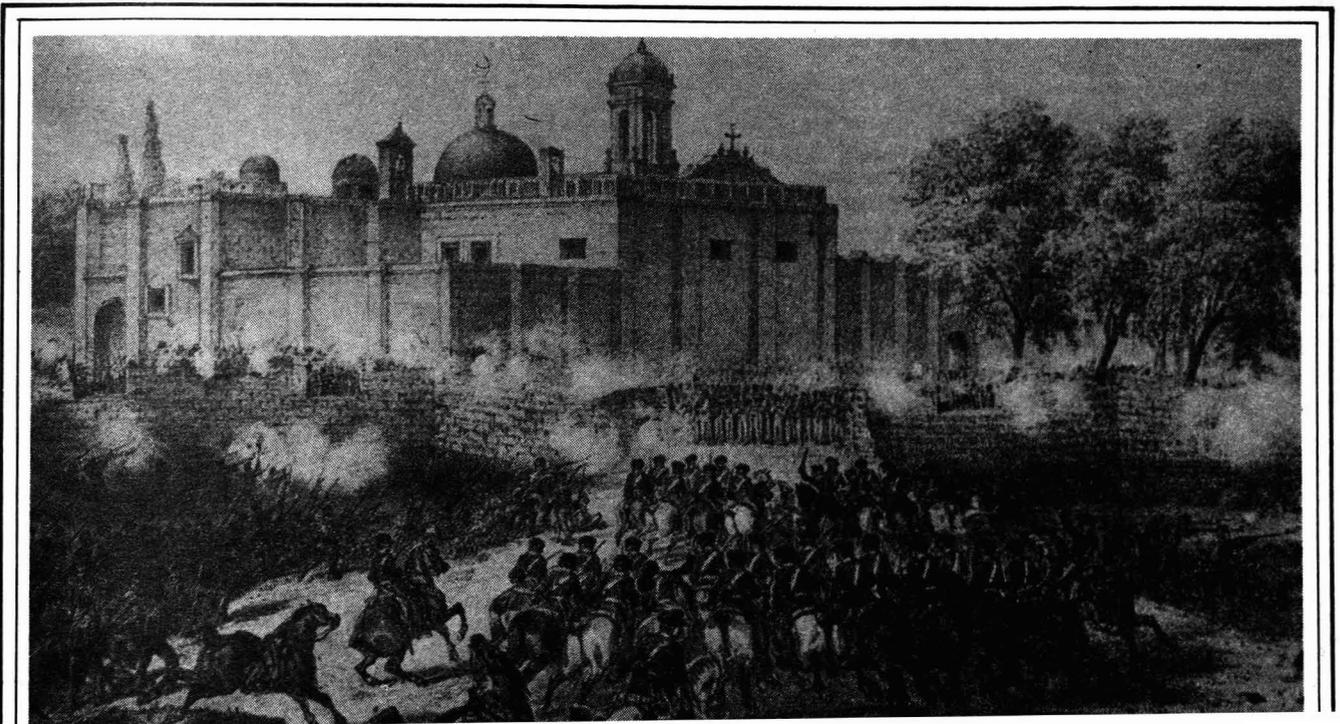
desnuda de propósitos aleccionadores, sin actitudes beatas hacia los héroes, comprometida sólo con la verdad y susceptible de servir de orientación en el presente y el futuro próximo. Aunque todavía quedan residuos de mal amor a México, de amor sentimentaloides y cegatón en algunos docentes de cultura aguada, lo dominante ya es el amor lúcido a la pa-

tria, sobre el que ha escrito don Edmundo O'Gorman. Conforme a la voluntad mayoritaria, se han hecho muchos y muy buenos estudios de multitud de parcelas de la vida nacional. También en respuesta a la demanda pública se han intentado notables síntesis de historia de México en los años recientes. Algunos de estos novísimos esfuerzos sólo abarcan un periodo de la vida nacional. Sirvan de botones de muestra la diezvoluminosa *Historia moderna de México*, dirigida y escrita en gran parte por don Daniel Cosío Villegas, y *Historia de la Revolución Mexicana* que publica El Colegio de México en veintitrés volúmenes.

Quizá la precursora de las modernas síntesis de la vida nacional sea la aún muy debilucha *Breve historia de México*, de José Vasconcelos. También se escribe contra el mito la muy austera *Historia de México*, de José Bravo Ugarte. No menos objetiva y global fue el *México y la cultura*, coordinado por Jaime Torres Bodet. Vienen enseguida la apretada suma de Silvio Zavala: *Aproximaciones a la historia de México*, y la aún más breve de don Arturo Arnáiz y Freg. En los sesenta hicieron historias brevísimas de la nación mexicana Carlos Alvear Acevedo, Jesús Silva Herzog, Wigberto Jiménez Moreno y Alfonso García Ruiz, Manuel López Gallo, Martín Quirarte y José C. Valadés. En los años setenta se acostumbra hacer historias generales de México con el concurso de numerosos historiadores de oficio. A esta costumbre obedecen la *Historia general de México* y la *Historia mínima de México*, hechas, en su mayor parte, por gente de dedicación exclusiva del Colegio de México; la *Historia de México*, publicada por Salvat y con artículos escritos mayoritariamente por investigadores de la UNAM, coordinados por Miguel León Portilla, así como la conducida por Pablo González Casanova que lleva el nombre de *La clase obrera en la historia de México*. Las últimas novedades son *México, un pueblo en la historia*, coordinado por Enrique Semo y que consta de cuatro volúmenes y la síntesis menos extensa de José Fuentes Mares.

A la vista de tanta y tan buena concurrencia reciente de historias globales y serias de la vida nacional parece inútil hacer nuevas intenciones en el mismo sentido. Sin embargo, cada una de las síntesis de que disponen los adultos cojean por algún lado: escasez de noticias, exceso de incienso, falta de interpretación, sobra de fechas y nombres, lenguaje abu-

Batalla de Churubusco



rrido, poca simpatía, arquitectura pasada de moda, mucho laconismo o excesiva corpulencia. Además las obras grandes y de muchos están muy lejos de conseguir la unidad, son extremadamente fragmentadas y dispares; en algunos casos, dejan la impresión de ser simple copia de monografías de desigual factura y mal hilvanadas entre sí, y en los mejores, de ser historias verdes, apresuradas, centralistas, que ven a México desde su metrópoli y como cosa aislada del resto del mundo. En cuestión de visiones globales de la vida nacional hay mucho que hacer, tanto para cubrir la demanda en los niveles básico y medio de la educación como para satisfacer la apetencia de los adultos de percatarse, por fin, de la trayectoria de la nación a que aman al estilo moderno, con lucidez.

Como las cosas del palacio suelen ir despacio, las historias de México de fabricación SEP y para consumo de niños de primaria no han podido emparejar su paso, ponerse a la altura de verdad y complejidad de la síntesis para adultos. En el régimen de López Mateos se distribuyeron gratuitamente historizaciones de la vida mexicana hechas por imbuir las virtudes cívicas a través de la vieja versión nacionalista, indigenista, liberal y revolucionaria de la historia de México. Aunque poco después se asume, por parte de las autoridades de educación, una actitud menos reaccionaria y de mayor apertura y conciliación, todavía el texto gratuito de hoy deja mucho que desear. Ciertamente los textos gratuitos ya se preocupan más por la verdad y menos de la ejemplaridad; conceden mayor espacio a los hechos de civilización y de cultura, y menor a las batallas y los acaeceres políticos; les permiten un rincón a los personajes de la serie vencida en la época independiente; procuran dar información de sucesos gordos de provincia, ya no sólo de acaeceres capitalinos. A no dudarlo, la historia nacional que se enseña actualmente en los niveles de primaria supera en veracidad y redondez a la de antes. Con todo, todavía no se sacude del todo los mores de partidista, reverencial, embustera, pragmática, solemne y poco digerible. En los manuales para la educación media, el proceso de mejoría ha sido más rápido. Libros como los de Iturrizarra, Jiménez Moreno y Miranda dejan poco que desear.

Como quiera, todavía se echan de menos libros de historia para uso de primarias que observen fielmente el decálogo que manda: 1) Impartir el pasado de la nación "desde los tiempos más remotos hasta nuestros días", pero concediéndole mayor espacio a lo acontecido del siglo XVIII para acá, que se conoce a ciencia cierta y que es lo más recomendable para el conocimiento de nosotros mismos aquí y ahora. 2) No quedarse solamente en la relación de los hechos políticos y de guerra ni tampoco ofrecer los fenómenos de economía y cultura como simples guarniciones del platillo de la historia política y militar, que sí como componentes esenciales del acaecer histórico. 3) No suprimir el relato de las grandes hazañas y de las acciones efímeras, pero sí dar cabida a sucesos opacos e importantes, así como a ciertas acciones de vida media y larga. 4) No prescindir de "la relación de los hechos", pero tampoco de la comprensión de los mismos. 5) Explicar los acontecimientos por causas eficientes y formales pero sin caer en los monismos etiológicos. 6) No expulsar a héroes y mandarines de las historias patrias siempre y cuando se tomen muy en cuenta como agentes de cambio las generaciones, las clases sociales, los partidos, los clubes, las empresas, los sindicatos y otros grupos y personas de índole económica y cultural. 7) Dividir el proceso histórico en épocas, etapas, ciclos, tramos, pese a la dosis de arbitrariedad de todos los sistemas periodificadores. 8) Regionalizar los fe-

nómenos mayores: conquista, independencia, reforma, revolución. 9) Tender los puentes que sean necesarios entre la historia patria y la historia universal. 10) No olvidarse que la ciencia de Clío necesita de las artes narrativas y plástica, de la literatura, la televisión, la fotografía y el cine.

La historia de México para personas liberadas del tambo escolar puede concebirse como quehacer en un próximo futuro de un Centro de Investigación de la Historia General de México "que aglutine a un grupo de investigadores profesionales e integre y organice en todos los aspectos los caminos a seguir" en lo que mira métodos, técnicas y periodos, o como tarea individual que asegure una visión unitaria, no un rompecabezas, de la historia de México. Quizá lo mejor sea poner en marcha simultáneamente ambos proyectos de solución. Los objetivos y acciones de la historia nacional colectiva deben emanar de las asambleas de los especialistas que se aboquen a esa historia. Los objetivos y acciones de la historia de México cuasi individual las veo así. Pienso en un libro que exponga el pasado de todos los habitantes del país y no sólo de los capitalinos; que incluya como antecedentes la vida medieval de Europa y no sólo la prehispánica de Mesoamérica; que no escamotee, como la gran mayoría de las existentes, el momento actual y el futuro que se avizora; que se ocupe de fenómenos de larga duración y no únicamente de los efímeros y relampagueantes. Se busca una síntesis histórica de la nación mexicana que de cupo a acciones económicas, políticas y culturales y no únicamente a las de signo político; que haga intervenir a diversos sectores del pueblo y no sólo a héroes y políticos de altura; que ligue las acciones peculiares de la vida mexicana con el pensamiento y los propósitos de la sociedad y sus líderes; que relacione los hechos de cada etapa en un conjunto explicativo y que ubique los distintos periodos del desarrollo de México en la trayectoria de la humanidad. El nacionalismo mexicano de nuestros días creo que anhela una relación que le explicita la verdad de su pasado con vistas a orientarse en el futuro y no que lo guíe hacia metas sociopolíticas del gobierno o de la oposición en turno. El nuevo amor patrio "exige, en palabras de O'Gorman, la comunión indiscriminada" con el pasado nacional, pide que caiga el trapo que cubre zonas muy importantes de la patria; no quiere oír jaculatorias dirigidas a los héroes. Busca espejos nacionales, espejos de nosotros mismos. Anhela la verdad viva. Supongo que a los lectores de la obra planeada les gustaría ver andar a las estatuas y aún ver tratados a los grandes hombres con buen humor y simpatía. De hecho, la historia que asuma sin temores la realidad del pasado de México debe estar escrita en "el román paladino en que se le habla al vecino", en lenguaje claro, coloquial y con humor y no en el "estilo grave" que se supone propio del habla histórica. Si el libro carece de simpatía y calor humano se quedará sin lectores, será adorno en algunas salitas o un volumen más en la tumba de las bibliotecas. Si no tiene en esta época de mirones buenos dibujos, fotografías, gráficas y mapas, también se quedará intonsa. Quizá debiera hacerse una traducción del libro al lenguaje audiovisual del cine y la televisión.

En suma, me he permitido proponer la elaboración de una historia de la patria mexicana sólo comprometida con la verdad y el buen ver, que no pretenda convertirse en dogma ni tampoco aspire a una modificación instantánea de la vida de México. Si por añadidura contribuye, por ser verídica y grata, a la unidad nacional, a la democratización, a la renovación moral de los ciudadanos y al desarrollo del país, mejor que mejor.